



LECCIÓN 1

EL MODELO FEMENINO EN LA LITERATURA Y OTRAS FUENTES.

Nociones elementales y claves de comprensión

Cuando se trata de narrar la historia de las mujeres de la Antigüedad ha sido un lugar común hasta hace unos decenios recurrir a la comparación entre el rico y palpitante “universo masculino”, el mundo de los hombres que han escrito la historia, y el reducido escenario de actuación del género femenino. Así, la descripción de la vida de las mujeres se quedaba limitada a una mera enumeración de expectativas y posibilidades cercenadas o mermadas, en contraposición al amplio abanico de prerrogativas a disposición de los hombres. Esta perspectiva, con ser verdadera, dejaba de lado un mundo femenino con unos horizontes más amplios que los marcados por las funciones de madre y esposa, atribuidos tradicionalmente a las mujeres. Las fuentes dibujan una realidad muy rica en matices. Dan cuenta de la existencia de mujeres con vidas muy distintas, con formación, ocupaciones, status, posibilidades e intereses realmente diversos. Por ello, más allá de la conclusión simplista de que la mujer romana fuera el *imbecillus sexus* con el que era a menudo calificada por sus congéneres masculinos (por ejemplo, Tácito, Anales. 3,33, a propósito de las esposas de los magistrados de las provincias), más allá de la mera contraposición de géneros, los estudios históricos recientes promueven un análisis que permita conocer mejor cuál fue la vida real y cotidiana de las mujeres romanas (Martínez López, 1988).

Del mismo modo, cuando de lo que se trata es de analizar la forma en que el Derecho romano consideró a la mujer, conviene huir del mero inventario de limitaciones impuestas al género femenino. Éstas existieron, pero se llegaría a conclusiones erróneas si no se tuvieran en cuenta también el contexto social y político en el que las normas se crearon y, esto es importante, el verdadero grado de eficacia y aplicación de algunos preceptos en la práctica. El Derecho se apoyó en muchas ocasiones sobre el modelo más tradicional de matrona romana, que, como decimos, es fundamentalmente esposa y madre; en otras ocasiones fue evolucionando en la medida en que iba cambiando la sociedad y la presencia femenina en ella, al margen de ese modelo establecido; pero también hubo momentos en que el Derecho contribuyó a imponer un comportamiento femenino completamente extemporáneo. En estos momentos, las normas jurídicas, más que responder a una situación real, constituyen un mecanismo de intervención que debe analizarse a la luz de un programa político con intereses de índole diversa. Todos estos factores deben tenerse en cuenta en el análisis y trataremos de conjugarlos en este trabajo. No obstante, limitaremos nuestro estudio al período de tiempo comprendido entre el siglo V a.C. y el siglo I d.C. Durante los primeros siglos de vida de la ciudad de Roma el papel y la participación de las mujeres en la sociedad no variaron mucho, y viene dibujado bastante detalladamente por las referencias que los textos hacen a algunas mujeres legendarias. Es a partir de la expansión territorial romana, después de las guerras con Cartago, cuando las cosas empiezan a cambiar profundamente. Estos cambios se producen en todos los órdenes de la vida e influyen en la política, en el



Derecho, en la economía, en la sociedad... y cómo no en la existencia de las mujeres. Describiremos sucintamente esta evolución hasta el siglo I d.C. en el que se instaura un nuevo sistema político, el Principado, y comienza una nueva época, también para el Derecho. Dejamos de lado muchos siglos del devenir histórico del Derecho romano, y también se quedan fuera algunos ámbitos de aplicación del Derecho que no pueden tratarse aquí. Presentamos, por tanto, una selección que esperamos sea una muestra suficiente para ilustrar, tan sólo, el tema que da título a estas líneas.

1. El modelo femenino. *Casta fuit, domum servavit, lanam fecit* (“Fue casta, cuidó la casa, hiló la lana”)

Antes de describir el modelo de mujer que se desprende de las fuentes de información con las que contamos es necesario advertir que estamos ante una construcción creada por un grupo social determinado, las *élites*, una oligarquía con marcada conciencia de grupo, privilegiados en la escala social y nivel económico, con su propio sistema de valores, que no siempre es coincidente con el de los demás órdenes sociales de condición más modesta. Esto es así inevitablemente, ya que los hombres de este nivel de la sociedad son los únicos que dejaron constancia del mundo de su entorno en la literatura. Eran aquellos que podían dedicarse al *otium*, el estudio, la reflexión, la lectura, la escritura; los demás, dependientes de su trabajo para vivir, no nos han dejado apenas testimonios escritos. El modelo que vamos a presentar es el que se desprende de tres tipos de fuentes. Por un lado están los relatos tradicionales sobre mujeres de la historia legendaria de Roma; por otro, las referencias literarias a mujeres de la historia real de Roma, dibujadas por la mente de quien escribe; finalmente, las inscripciones votivas y funerarias, que alaban a mujeres difuntas, resaltando en ellas aquellos caracteres, cualidades y virtudes que eran más valorados en su género por la conciencia social. Comencemos por el primer tipo de textos.

1.1. Las “Historias Ejemplares”

Las Historias ejemplares son relatos legendarios que se repiten en las obras literarias como tópicos o lugares comunes, ejemplos de un modo de comportamiento a imitar. En lo que se refiere a las mujeres, existen varios de estos relatos en los que aparecen nombres como los de Lucrecia, Virginia, Horacia. ¿Quiénes eran estas mujeres? ¿Cuál es el papel que desempeñaron en la sociedad? ¿Qué “virtudes” las adornan y se proponen como dignas de imitación?

Lucrecia es dibujada por Tito Livio como el prototipo de mujer virtuosa. Era la esposa de un noble romano llamado Colatino, y su vida se sitúa en la Roma del siglo V a.C, cuando la ciudad aún estaba gobernada por reyes. El papel atribuido a Lucrecia en este relato y los valores que se expresan a través de su historia son, como ya hemos advertido, los propios del grupo social al que pertenece. Se presenta a una mujer dedicada exclusivamente a las tareas domésticas, fiel a su esposo, celosa de su reputación de mujer casta y honesta, que además, para su desgracia y la de su familia, poseía una enorme y deslumbrante belleza.

“En los cuarteles de asedio, como suele ocurrir en las operaciones bélicas prolongadas más que intensivas, los permisos se daban con bastante facilidad, más, sin embargo, a los oficiales que a la tropa; por lo que respecta a los jóvenes hijos del rey, mataban a veces el tiempo reuniéndose en festines y francachelas. Un día en que están éstos bebiendo en la tienda de Sexto Tarquinio, en una cena en la que participaba también Tarquinio Colatino, hijo de Egerio, recayó la conversación sobre sus esposas. Cada uno ponía por las nubes a la suya; enseguida se acalora la discusión y Colatino dice que no hay por qué seguir discutiendo, que en cuestión de horas se puede comprobar cuánto ventaja su Lucrecia a las demás: “Dado que somos jóvenes y fuertes, ¿por qué no montamos a caballo y vamos a cerciorarnos personalmente del comportamiento de nuestras mujeres? Que cada uno dé un valor definitivo a lo que vea con sus propios ojos ante la llegada inesperada del marido”. El vino los había encendido. “¡Vamos ya!”, dicen todos; a galope tendido vuelan a Roma. Llegan al empezar a oscurecer; continúan hasta llegar a Colacia, y allí encuentran a Lucrecia, no como a las nueras del rey, a las que habían visto entreteniéndose el tiempo con sus amigas en un suntuoso banquete, sino trabajando la lana bien entrada la noche sentada en medio de sus casa rodeada por sus esclavos también en vela. Lucrecia se llevó la palma en aquella disputa acerca de las mujeres. La llegada de su esposo y de los Tarquinius fue recibida con afabilidad. El marido ganador tiene la cortesía de invitar a los jóvenes príncipes. Entonces se apodera de Sexto Tarquinio el deseo funesto de poseer por la fuerza a Lucrecia, seducido por su belleza unida a su recato ejemplar. Por fin, después de una noche de entretenimientos propios de la juventud, regresan al campamento.

Pasados algunos días, Sexto Tarquinio, a espaldas de Colatino, vuelve a Colacia con un solo acompañante. Ajenos a sus propósitos, lo recibieron atentamente; después de la cena fue conducido al aposento de los huéspedes. Encendido por la pasión, cuando le pareció que en torno suyo todo estaba tranquilo y que todos estaban dormidos, desenvainó la espada, se acercó a Lucrecia, que estaba dormida y apretando el pecho con la mano izquierda le dice: “Silencio, Lucrecia; soy Sexto Tarquinio; estoy empuñando la espada; si das una voz, te mato”. Al despertar despavorida la mujer, se vio sin ayuda alguna y al borde de una muerte inminente; entretanto, Tarquinio le confesaba su amor, suplicaba, alternaba amenazas y súplicas, trataba por todos los medios de doblegar la voluntad de la mujer. Al verla firme y sin ceder ni siquiera ante el miedo a morir, acentúa su miedo con la amenaza del deshonor: le dice que junto a su cadáver colocará el de un esclavo degollado y desnudo, para que se diga que ha sido muerta en degradante adulterio. El miedo a tal deshonor doblegó aquella virtud inquebrantable y Tarquinio, como si hubiese sido la pasión la que había salido triunfante, se marchó orgulloso de haber arrebatado el honor a una mujer. Lucrecia, abatida por tan tremenda desdicha, envía a un mismo mensajero a su padre a Roma y a su marido a Árdea a decirles que vengan cada uno con un amigo de su confianza, que es preciso actuar inmediatamente, que ha ocurrido algo horrible. Espurio Lucrecio acude con Publio Valerio, hijo de Voleso, y Colatino con Lucio Junio Bruto, con el que casualmente volvía a Roma cuando encontró al emisario de su mujer. Encuentran a Lucrecia sentada en su aposento, sumida en el abatimiento. Al llegar los suyos, rompió a llorar y, al preguntarle su esposo: “¿Estás bien?”, contestó: “No. ¿Cómo puede estar bien una mujer que ha perdido el honor? Colatino, hay huellas de otro hombre en tu lecho; ahora bien, únicamente mi cuerpo ha sido violado, mi voluntad es inocente; mi muerte te dará fe de ello. Pero dadme la diestra y la palabra de que el culpable no quedará sin castigo. Es Sexto Tarquinio el que, comportándose como un enemigo en lugar de cómo un huésped, la pasada noche vino aquí a robar, armado y por la fuerza, un placer funesto para mí, y para él si vosotros sois hombres”. Todos dan su palabra, uno tras otro; tratan de mitigar su interno dolor responsabilizando de la culpa al autor del atropello, y no a la que se ha visto forzada: que es la voluntad la que comete falta, no el cuerpo, y no hay culpa donde no ha habido intencionalidad. “Vosotros veréis-responde- cuál es su merecido; por mi parte, aunque me absuelvo de culpa, no me eximo de castigo; en adelante ninguna mujer deshonrada tomará a Lucrecia como ejemplo para seguir con vida”. Se clavó en el corazón un cuchillo que tenía oculto entre sus ropas, y doblándose sobre su herida se desplomó moribunda, entre los gritos de su marido y de su padre (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 1,57,4-11 y 1,58; Traducción de V.A.Villar, Madrid, Gredos,1990).

La joven y hermosa Lucrecia, máximo exponente de las virtudes femeninas, llegó, incluso, a darse muerte para despejar toda posible duda acerca de que su comportamiento pudiera haber sido deshonoroso. Los valores de castidad y pudor (*pudicitia*) en este modelo de mujer son tan importantes que el personaje femenino a imitar llega a entregar su vida por preservarlos. Ella, matrona romana, unida en legítimo matrimonio a un igual en la escala social, dedicada a las tareas domésticas (se la presenta hilando la lana a la luz de una lucerna), expresa con su comportamiento lo que se espera de una mujer de su clase.

Pero no es muy diferente el modo de proceder de otra mujer ejemplar. La no menos hermosa Virginia, de cuya historia también nos da cuenta Livio

Se sucede en Roma un Nuevo crimen, de origen pasional, con unas consecuencias tan tremendas como el que con la violación y muerte de Lucrecia había supuesto la expulsión de los Tarquinius del trono y de Roma, de forma que no sólo tuvieron los decenviros el mismo fin que los reyes, sino que también fue la misma la causa de que perdieran el poder.

Se apoderó de Apio Claudio un violento deseo de hacer suya a una joven plebeya. El padre de la muchacha, Lucio Virginio, se distinguía como centurión en el Álgido y era un hombre modelo de rectitud tanto en la vida civil como en la milicia. En la misma línea había sido formada su mujer y eran formados sus hijos. Había prometido a su hija a Lucio Icilio, extribuno, hombre fogoso y de probado valor en la defensa de la causa de la plebe. Apio, loco de amor, trató de seducir a aquella joven, núbil ya y de notable belleza, con regalos y con promesas; cuando vio que a todo ponía obstáculos el pudor, recurrió a una violencia cruel y despótica. Encargó a su cliente que reivindicara a Virginia como esclava de su propiedad y, él actuando como juez se pronunció a su favor sin dejar alegar nada en su defensa al padre de la joven.

Mientras pasaban al lado del Foro, Virginio, cogió un cuchillo de una carnicería y mató a su hija de una puñalada, mientras gritaba llorando: “Sólo así conseguirás ser libre!” Virginio escapó a los soldados y les incitó a amotinarse, mientras que Icilio y el tío de Virginia hacían lo mismo con los ciudadanos. El resultado fue una revolución. Los decenviros fueron depuestos y la plebe volvió la poder elegir de nuevo a sus tribunos, para que les protegieran de los abusos arbitrarios de los magistrados (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 3,44; Traducción de V.A.Villar, Madrid, Gredos,1990).

Virginia también murió, esta vez a manos de su padre, proclamando que más importante aún que la vida es conservar la virtud.

Estas mujeres no sólo han sido cantadas por Livio, sino que su nombre, y todo lo que brilla detrás de sus historias ha sido reutilizado a lo largo de la historia hasta prácticamente nuestros días (tenemos numerosos ejemplos en la iconografía y la literatura). El modelo dibuja una mujer discreta, transmisora y conservadora de las costumbres de los antepasados, de los valores familiares, que pasa de la casa de su padre a la de su esposo, al que es fiel, celosa de su reputación, poco amiga de prodigarse fuera del ámbito de su hogar o de las funciones de cuidado y educación de sus hijos, funciones que le son encomendadas desde épocas ancestrales. Una mujer modelo que se enorgullece de su castidad y de sus papeles de madre y esposa.

1.2. La literatura.

Los textos latinos son también pródigos en halagos para algunas de las mujeres de la historia de Roma. Se trata de mujeres de carne y hueso que se presentan también como modelos, de una forma semejante a como se describe a Lucrecia o Virginia en las “historias ejemplares”, precisamente, por encarnar ese “Catálogo de virtudes femeninas” (A. Castresana, 1993) al que ya hemos hecho referencia.

Cornelia fue una de las matronas romanas más ensalzada de toda la historia romana. Hija de un hombre importante como fue Escipión el Africano, y mujer de Tiberio Sempronio Graco, miembro de una de las familias más notorias de la sociedad del momento, es conocida sobre todo por ser “la madre de los Gracos”, Tiberio y Cayo, precursores de algunas reformas en el reparto de la tierra (leyes agrarias) y antagonistas

en la política de los intereses más inmediatos de la oligarquía senatorial del penúltimo siglo de la República.



A Cornelia se la ensalza por su comportamiento. Por encajar en ese molde previsto para la matrona romana. En ella se subraya además su fortaleza de ánimo y su orgullo de madre prolífica: había parido doce hijos y tuvo que ver morir a casi todos ellos.

La iconografía suele representarla acompañada de su prole de la que se sentía tan orgullosa. El cuadro que aparece junto a estas líneas (“Cornelia, madre de los

Gracos”, Noël Hallé, 1779, Musée Fabre de Montpellier) recoge el momento en que, según la tradición, afirmaba a su interlocutora que las joyas que le adornaban no eran las alhajas que lucían otras mujeres, sino, precisamente, sus hijos. Y Séneca alaba, justamente la entereza y el valor que demostró ante la pérdida de diez de ellos. La pone como ejemplo en sus escritos de consolación a otra dos matronas romanas: Marcia y Helvia (su propia madre).

“Y si quieres que se te ofrezcan modelos de mujeres que han sufrido sus nostalgias con valor, no iré buscando de puerta en puerta, te presentaré, procedentes de una sola familia, a dos Cornelias: la primera, hija de Escipión, madre de los Gracos. Ella reconoció sus doce partos en otros tantos funerales y, por lo que respecta a los demás, sencillamente: la comunidad no se dio cuenta de que habían nacido ni de que los había perdido. A Tiberio y Gayo, hombres cuya grandeza reconoce incluso el que dice que no eran buenos, los vio muertos e insepultos. Y, sin embargo, a los que la consolaban y le llamaban desdichada, dijo: “Nunca dejaré de decir que soy feliz, ya que he dado a luz a los Gracos””. (Séneca, *Consolaciones a Marcia*, 16,3; Traducción de J.Mariné, Madrid, Gredos, 1996)

1.3. La epigrafía

Y un contenido similar presentan también los documentos epigráficos, ya que las numerosas alabanzas fúnebres que se inscribían sobre las tumbas de algunas mujeres que eran sobrevividas por sus maridos coinciden en resaltar el mismo género de cualidades. Un ejemplo puede ser la inscripción de Claudia (una Claudia cualquiera), en la que se encuentran muchos de estos elogios recurrentes que se emplean para referirse a las mujeres.

“Extranjero: breve es mi discurso. Detente y lee.
Este es el sepulcro no bello de una mujer bella,
A la que sus padres llamaron Claudia.
Amó a su marido con todo su corazón;
Trajo al mundo dos hijos; dejó uno vivo,
Al otro lo depositó bajo tierra.
De conversación amable pero honesta en el andar.

Cuidó de su casa e hiló la lana. He concluido. Puedes irte”.
(CIL VI,15346)

Sin embargo, contamos también con otros textos que hacen alusión a mujeres que se comportan de un modo totalmente distinto al descrito y que revelan una participación femenina en la sociedad mucho más importante que la que se predicaba de matronas como Lucrecia o Virginia. Encontramos referencias a mujeres díscolas, disolutas, osadas e imprudentes, que se escapan del ámbito doméstico para irrumpir en la vida de los hombres y abandonan sus tareas de madres y esposas. Son mujeres mucho más independientes, con cierta iniciativa propia y con una importante participación y visibilidad social, que se presentan en los textos (escritos por hombres) como mujeres inmorales, entrometidas, malvadas, dominadoras, que vivieron en tiempos en los que Roma, indudablemente, había cambiado respecto al mundo que circundaba a Virginia o Lucrecia. Veamos cómo describen los textos a algunas de estas mujeres.

“Pagarás, romano, sin merecerlo, los delitos de tus antepasados, como no restaures los templos y santuarios que se desmoronan (...) Nuestro siglo, fecundo en maldades, corrompió primero el tálamo nupcial, afrentando las casas y los linajes; de esta fuente deriva la pestilencia que destruye al pueblo y a la patria. La virgen adulta se entrega sin freno a las danzas de Jonia, se instruye en las artes de la seducción y desde tierna edad con amores incestuosos. Ya casada, solicita a los adúlteros más jóvenes en los banquetes de su esposo y no se detiene a elegir el amante a quien prodigue en las sobras sus ilícitos favores, sino que en presencia del marido, tolerante con sus desórdenes, acude a la voz del fautor de tercerías o del mercader de la nave hispánica que paga a precio muy alto su deshonor. No fueron éstos padres los que engendraron la juventud que tiñó los mares con la sangre cartaginesa (...), sino la prole varonil de rústicos soldados, diestra en remover la tierra con los azadones sabelios, que, obediente a la voz de sus severas madres, cargaba con los troncos de leña, cortados en la selva, cuando el sol prolongaba las sombras de los montes (...). Un siglo pestilente, ¿qué no corrompe? La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos dio el ser a nosotros, aún más perversos, que a la vez engendremos una progenie más corrompida (...)”. (Horacio, *Poemas*, 3,6; Traducción de A.Castresana, 1993, p. 82)

“Vuélvete a mirar a los rivales de los dioses, escucha lo que Claudio soportó. Cuando su esposa creía que su marido dormía, la Augusta meretriz se atrevía a ponerse una capa de noche con capucha y a preferir una estera al lecho del Palatino y lo abandonaba saliendo con la compañía de una sola esclava. Y con una peluca rubia que ocultaba sus negros cabellos fue a meterse en un lupanar caldeado con una vieja cortina pieceada y en un cuarto vacío y suyo; a continuación bajo el nombre falso de Licisca, se ofreció desnuda con polvo dorado en los pezones y enseñó el vientre que te llevó, noble Británico. Recibió cariñosa a los que entraban y les pidió la paga. (...) Luego, cuando el rufián despidió a sus muchachas, se marchó triste y, de todas maneras, hizo lo que pudo por ser la última en cerrar su cuarto, ardiente aún con la vulva excitada y tensa, se retiró cansada pero aún no saciada de hombres, e, indecente y fea, con las mejillas sucias por el humo del candil, llevó el olor del lupanar al divino lecho (...)” (Juvenal, *Sátiras*, 6, 115 ss; Traducción de R.Cortés, Cátedra, 2007)

“Ni trasnochaban menos, ni bebían menos, y rivalizan con los hombres en la lucha y en el vino; devuelven por la boca lo que ingirieron contra la voluntad de las entrañas y vomitan todo el vino que bebieron; como ellos toman nieve para consolar el ardoroso estómago. En libido no ceden a los varones, aunque nacidas para un papel pasivo. ¿Ojalá las pierdan los dioses y las diosas! Han inventado un género de impudor tan perverso que hacen la parte del varón. Pues ¿cómo ha de extrañar que el mejor y más perito de los médicos sea cogido en mentira ya que hay tantas mujeres congota y clavadas! Perdieron la ventaja de su sexo con los viejos y, puesto que se despojaron de la feminidad, fueron condenadas a las enfermedades de los hombres” (Séneca, *Epístolas*, 95,21; Traducción de A.Castresana, 1993, p.23 s.)



La alusión a estas mujeres, conocidas o anónimas, pone de manifiesto dos hechos fundamentales. En primer lugar, en la medida en que son fuertemente criticadas, se muestra que el modelo femenino de las antiguas historias ejemplares sigue defendiéndose a ultranza, probablemente como una manifestación más de la defensa de los olvidados *mores maiorum* que se hace en muchos otros textos de la época. Las fuentes revelan una protesta general ante momentos difíciles, en los que la vuelta a la tradición se presenta como solución de todos los males y se convierte en un lugar común, como se aprecia notoriamente en las palabras de Horacio. En esta situación, reproponer el modelo tradicional de mujer exacerbando la crítica de todos los comportamientos que lo contradigan parece actuar como un bálsamo, un lugar seguro para los espíritus ansiosos por la incertidumbre circundante. Roma, sin duda, había cambiado, se había abierto al mundo, y el modo de vivir oriental había calado en el comportamiento de los romanos, que se habían alejado de la vida austera inspirada en los más ancestrales valores de los antepasados.

Pero además, y aquí aparece la segunda conclusión que puede extraerse de la lectura de estos y otros fragmentos, se pone de manifiesto que la presencia femenina en la sociedad fue mucho más importante. Las mujeres romanas tuvieron un protagonismo social real que es ya puesto de relieve por Cornelio Nepote cuando compara la forma de vida de éstas y las mujeres griegas.

“Por el contrario, otras muchas cosas que a nuestro juicio y según nuestras costumbres son dignas, entre ellos, en cambio, se reputan como vergonzosas. ¿Qué romano siente vergüenza de llevar a su esposa a un banquete?; o ¿acaso la dueña de la casa no habita el lugar más visible de la misma y se deja ver públicamente? Muy distinto es lo que acaece en Grecia, donde a la mujer no se le admite en un banquete salvo que se celebre entre parientes y no permanece sino en la parte más íntima de la casa, llamada “gineceo”, en el que nadie puede penetrar excepto los parientes más próximos” (Cornelio Nepote, *Vidas*, Prefacio, 6; Traducción de M. Segura, Gredos, 1985)

La mujer romana toma parte en las decisiones políticas, gestiona prósperos negocios y está al frente de grandes y medianas propiedades; asimismo desarrolla una importante actividad intelectual y una amplia vida social. A ver con más detalle cada una de estas parcelas de la vida femenina dedicaremos las lecciones siguientes.